

LA CASA EN QUE VIVIO LEON TOLSTOI

Imaginaos una angosta callejuela del viejo Moscú, bordeada por pequeños edificios de ladrillo o madera. En este día de otoño no transita casi nadie por ella, de vez en cuando, por la acera de la sombra, pasa un viandante; a veces con estrépito cruza la calle un tranvía... Nos dirigimos a la casa número 21, a la casa donde durante largos años vivió el gran escritor ruso León Tolstoi, cuyo nombre lleva hoy esta calle.

¡León Tolstoi! ¿Quién no conoce este nombre? ¿Quién no recuerda, al pronunciarlo o escucharlo, las grandes obras que dieron al escritor y a su patria tan imperecedera gloria: "La guerra y la paz", "Anna Karénina", "Resurrección"?... Al pensar en Tolstoi se piensa en los casi noventa años que vivió el escritor, en su afanosa búsqueda de la verdad en la vida y en el arte, en su enorme influencia en la literatura universal, en su insuperable maestría y en la fuerza de su palabra.

Y cuando se llega a la casa donde vivió y trabajó durante 17 años, la emoción se apodera involuntariamente de nosotros.

...Una alta verja de madera... con adornos tallados. El postigo... Lo abrimos y nos encontramos en un amplio patio, frente a una casita de un piso, pintada de tono ocre y verde... Al lado los pabellones de la servidumbre, la garita del perro, la misma garita desde donde en otro tiempo, al llegar alguien, salía el penetrante ladrido de un perro que todos conocían... Ahora aquí todo es quietud, sólo los árboles murmuran suavemente al viento.

Cruzamos el umbral de esta casa, subimos los históricos peldaños, por los que tantas veces ascendió León Tolstoi, sus allegados y tantos hombres notables de su tiempo.

Llegamos al recibidor, una sala corriente con percha para los abrigos, espejo... Una bicicleta se apoya en la pared, como si acabase de ser dejada por Tolstoi al regresar del paseo diario.

Desde el recibidor una puerta conduce al comedor. Sobre la larga mesa para once comensales juegan los claros reflejos del sol... Iluminan la vajilla azul; plegados, en un extremo de la mesa, hay periódicos de 1883 como acabados de traer por el correo del día... ¿Quiénes se sentaban tras esta mesa? Además de Tolstoi se sentaban cada día su esposa, Sofía Andréevna, los cinco hijos, las tres hijas y el preceptor. De una de las paredes del comedor pende el retrato de la hija predilecta del escritor, Masha; en otra pared un reloj de cuco que se ha detenido a la una menos 20 minutos... En el comedor hay otras dos puertas: una que conduce a la habitación de uno de los hijos mayores, la otra al dormitorio del escritor y de su esposa. Y aquí percibimos la sensación de que los dueños de la casa acaban de abandonarla, de que van a regresar de un momento a otro... Tras un biombo, dos camas, una de ellas cubierta por una colcha de lana tejida para Tolstoi por su esposa, y allí mismo, sobre la mesita de noche, la fotografía del escritor envuelto en esa misma colcha.

Junto al dormitorio está la habitación del último hijo de los Tolstoi, Vania, que murió de pequeño.

Siguiendo el estrecho corredor, pasando la habitación de los hijos de Tolstoi, llegamos a la de su hija Tatiana, que se dedicaba a la pintura. En las paredes se encuentran numerosos retratos al óleo y a lápiz, fotografías de los artistas Repin y Gue, ya famosos en aquel tiempo, visitantes de Tolstoi y que retrataron al escritor y a sus familiares...

Una escalera conduce al piso superior, donde se encuentra el salón y el estudio de Tolstoi. La escalera está cubierta con la misma alfombra roja que había cuando habitaban los dueños de la casa. Un osezno con la bandeja entre las patas está de pie en el pasillo como si recibiese a los invitados. Al subir nos encontramos ante una gran sala, elegante y luminosa. Brilla el piso encerado y los muebles de caoba. Sobre la mesa cubierta por un tapete, junto al samovar, se encuentra el servicio de té, de estilo francés. En un ángulo el piano, junto a la estantería con los libros de música. Aquí encontramos a Beethoven, Rossini, Mozart... Al lado de la ventana que da al jardín, sobre una mesa ovalada, un juego de ajedrez... Junto a ella, una gran fotografía de toda la familia rodeada por numerosos amigos. Aquí, en esta sala, se daban recepciones, veladas, bailes, bailes

de máscaras. En los días de fiesta se encendían las bujías, las lámparas, y sonaba el viejo piano. ¿Quién no fue huésped de esta casa? Los mejores artistas de Rusia consideraban como un honor intervenir en esas fiestas. Aquí venían Antón Rubinstein, Skriabin, Rimski-Kórsakov, Tanéev, Arenski, Siloti... Aquí cantaban Shaliapin, Figner... Y un huésped frecuente era el célebre pianista Goldenweiser, quien aún existe.

Le hemos encontrado precisamente en esta sala, ensimismado en sus pensamientos, cerca del piano en el que tantas veces tocó para Tolstoi. Interrumpimos sus evocaciones y le rogamos que nos las comunicara para sentir más honda y claramente la presencia invisible del gran escritor.

—Tuve la suerte —nos dice este anciano músico de cabellos blancos, pero con aspecto juvenil— de ser un íntimo de León Tolstoi a finales de su vida. Mi amistad con el escritor comenzó en enero de 1896 y duró casi 15 años, hasta su misma muerte. La primera vez que vine a esta casa, fue el 21 de enero de 1896. Lo recuerdo como si fuese ahora... Como joven pianista —yo no tenía entonces 20 años y acababa de salir del Conservatorio— me trajo a casa de Tolstoi un cantante moscovita, famoso en aquel tiempo. Había entonces en la casa gran animación; las hijas de Tolstoi aun no se habían casado, y la casa era visitada por muchos jóvenes. Se hacían veladas y cantaban a coro canciones gitanas con acompañamiento de guitarra... León Nikoláevich no se hallaba en su centro, en esta atmósfera de fiesta. Prefería permanecer en su despacho de trabajo, pasando las horas de ocio conversando con sus amigos. Pero por la noche solía también acudir a esta sala, donde tras la mesa de té se reunía una numerosa sociedad. Aquí se podía ver a hombres y damas de sociedad, a la juventud, a alguno de los “grandes duques” y junto a ellos al sabio, al pintor, al famoso artista, y también a las “personas más sencillas”. Toda esta abigarrada sociedad se sentía aquí libremente, sin trabas. León Tolstoi, cuando estaba de humor, era conversador ameno, brillante. Con su maestría artística, hablaba de cualquier suceso o libro que le hubiese asombrado. A veces leía fragmentos de artículos o incluso cuentos enteros que le habían encantado. Amaba especialmente los cuentos de Chéjov. Leía magníficamente y, al mismo tiempo, con asombrosa sencillez. Le gustaba también jugar con cualquier amigo una partida de ajedrez... En

ese tablero que ahora vemos aquí... León Tolstoi era un temible ajedrecista. Siempre estaba al ataque, sin importarle si tenía para ello un juego necesario. Le contrariaba perder y cuando cometía un error burdo, prorrumpía en exclamaciones de disgusto. En una ocasión me dijo: “Creo que dejaré de jugar al ajedrez; despierta en mí malos sentimientos hacia mi contrincante.”

Después de una breve pausa, en la que parece hilvanar sus recuerdos, el profesor Goldenweiser continúa:

—De todas las artes, acaso la que más amaba León Tolstoi era la música. En su juventud se sintió atraído por el piano e incluso soñaba en ser pianista. Más tarde lo dejó de tocar o sólo, muy de tarde en tarde, tocaba a 4 y 8 manos. Pero amaba apasionadamente oír música. Casi nunca iba a los conciertos y mucho menos a la ópera, pero a su casa venían los mejores artistas rusos y extranjeros. Por eso tenía ocasión de oír en su propia casa magníficas interpretaciones musicales. León Tolstoi amaba la música de órgano de Bach, Hendel, de los viejos italianos, amaba a Hayden, Mozart, Beethoven, pero su preferido era Chopin. Yo tocaba frecuentemente para el gran escritor...

Y el viejo músico, mirando acariciadoramente la tapa del piano, agrega:

—¡Qué lejos está ahora todo eso... Y qué dolor que él no pudiese vivir hasta nuestros días!...

Nos despedimos del profesor Goldenweiser y al abandonar la sala donde el mismo aire parece impregnado de música, de luz, de brillo y alegría, nos dirigimos a la pequeña puerta del ángulo izquierdo. Conduce hacia el verdadero manantial de esa luz que irradia la vieja casa: hacia Tolstoi, hacia sus habitaciones particulares. Nos lleva un estrecho pasillo, al que el amigo íntimo de la casa de Tolstoi, el pintor Gue, llamaba “las catacumbas”... A él dan varias puertas bajas: aquí junto al padre, vivían sus hijas María y Alejandra. Más allá estaba la habitación del ama de llaves y aun más lejos, vivía el ayuda de cámara del escritor. Y en el rincón más lejano, el mismo Tolstoi. Al principio entramos en su habitación de trabajo. Sobre una mesa de zapatero adosada a la pared, una caja de clavos de madera, un martillo, un par de zapatos cosidos por aquellas mismas poderosas manos que crearon tan maravillosas obras de arte.

En el armario se guarda el modesto y sencillo traje del escritor, su "tolstovka" (1) un sombrero de paja y un quitasol. Y he aquí la puerta de su despacho. . . El santuario de esta casa. Aquí cada nimiedad guarda el recuerdo de la sobria y sencilla figura del insigne artista. Aquí venían a visitarle gentes de las más diversas capas del pueblo. Tolstoi no cerraba a nadie sus puertas. Quien quisiera ver al escritor abrir su alma, podía encontrarlo aquí desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche. ¿Acaso se pueden contar los miles y miles de personas que vinieron a verle en estos diez y siete inviernos? ¡Con qué respeto cruzaban el umbral de esta puerta baja y entraban en esta pequeña habitación! Aquí todo se conserva como en vida de Tolstoi. A la izquierda de la entrada hay un pequeño armario lleno de libros. En frente una amplia mesa, con dos candelabros de cobre; los bordes de la mesa están desgastados por los codos del que escribía aquí, sentado sobre una pequeña silla, a la que Tolstoi mismo había cortado las patas para no encorvarse al escribir.

Y tras esta mesa, con esa misma pluma metida en un sencillo palillero de madera, escribió "Resurrección", el drama "El cadáver vivo", la novela corta "El padre Sergio", el cuento "La muerte de Iván Ilich" y otros muchos relatos y artículos.

El único adorno de esta habitación, en la que no hay ni un solo cuadro ni una sola fotografía, los constituyen seis sillas y un diván. Estaban aquí para los visitantes. Cerca de la mesa del escritor se sentaban en estas sillas tanto sus admiradores desconocidos como sus famosos colegas: Korolenko, Bunin, Andreiev, Chéjov, Uspensky, Gorky. . . ¿Cuántas apasionadas discusiones tuvieron lugar aquí, qué deslumbrantes pensamientos surgieron durante las conversaciones, qué problemas humanos no serían debatidos!

Y ahora reina aquí el silencio y parece que de un momento a otro fuese a volver, después de despedir a los visitantes; el dueño de esta apacible habitación tan llena de recuerdos memorables: parece que entrara, acariciándose la barba, separara con su ancha y vigorosa mano la pequeña silla y se sentara. Parece como si nosotros viéramos su amplia espalda y su plateada cabeza inclinada sobre el papel. . .

(1) Especie de camisa, llamada "tolstovka" porque era la prenda que Tolstoi llevaba con frecuencia.

Muchos años han pasado después de su muerte, pero aquí todo está saturado de recuerdos. La casa, el jardín que se ve desde la ventana de su despacho, con rojos racimos de serbal, un viejo cenador en un alto. . . Y parece que el heno que se seca al sol haya sido segado por él, y que esa leña que se amontona en el patio haya sido cortada por él, por él que durante tantos años tuvo a Europa en suspenso y asombra aún al mundo con su genio, con sus obras imperecederas.

I. Efremov

(Versión de Hernando Syro Echavarría.)